



Rama de olivo (*)



La deidad tropical de la mano indolente,
que hería siendo nuestra y libre nos halaga,
ha venido á poner flores en nuestra frente
y en nuestra alma el perfume de una promesa vaga.

Indolente deidad de mollicie felina,
sirena de los ojos adorables y vastos,
flor extraña, hecha al lujo del ánfora latina,
encariñada del brillo de nuestros fastos:

¿que misterios de amor refinados ó aviesos
pusieron en tus manos las armas homicidas?
Di, ¿nos herías, para tener en las heridas,
labios más pasionales donde encerrar tus besos?

—Porque fué tu batalla como brega de amores;
desesperada como los funestos abrazos,
y hoy, rubios de oro, entre una trepidación de flores,
por el aire, á llamarnos, se levantan tus brazos.

(*) Por aquellos días se hicieron en la Habana carifiosas demostraciones á nuestros marinos, llegados allí, en la *Nautilus*, por primera vez después de la guerra funesta.

Hija nuestra lejana, ¿te cansa ya la vida
áspera, con tu nuevo señor de oro y de hierro?
Que mi palabra, del materno ritmo ungida,
orne, como una ofrenda, las rejas de tu encierro.

¡Ah, lograra yo hacerla tan íntima y ferviente
y tan familiar á la familia española,
que, al partirse en tu busca, no partiera ella sola,
hija nuestra lejana de la mano indolentel

Claras naves, colgad de guirnaldas las velas;
dad al agua las quillas y haced la travesía,
mensajeras de paz, por la ruta que un día,
sonando á guerra, hicieron las viejas carabelas.

Consagra de tu mano la ajena independencia,
madre España: á las armas suceda la doctrina;
mas no olvides que tienes de Trajano, en herencia,
el Imperio ideal de la raza latina.

Y, si estás débil, Madre, mueve de tus hogares,
baja á tus costas, llenas de épicas sinfonías
y entra en el agua, y años de obscuras travesías
te curtirán la piel con la sal de los mares.

Que está allá tu grandeza...

—Mi canción ha cumplido
con levantar el vuelo y dirigir las alas
á ti, deidad del lánguido mirar agradecido,
que el camino, al tendernos los brazos, nos señalas.

Guarde mi corazón este día del año
en que tú nos sonrías nuevamente, mi Tierra:
doy por esta ternura la ingratitude de antaño
y por estos abrazos el horror de la guerra.



Los retardados



Mientras la esclava arrodillada espera,
ella avanza hasta el baño de alabastro;
abre sus velos y en la luz impera
su desnudez inmarcesible de astro.

Y piensa vagamente la Sultana
que la muerte, aunque amarga, es lenitivo
para toda aflicción, y que un cautivo
la miró ardientemente esta mañana.

No duda ya: resbala el pie de nieve
por los suaves peldaños de esmeralda;
inclina el pecho, los dos brazos mueve
y el agua se le tiende por la espalda...

II

Tampoco dudas, oriental cautiva;
rasgaste, que no abriste, tu ropaje;
no á la lámpara tibia, á la luz viva
quisiste dar tu desnudez salvaje.

Y pensando, tal vez, que una Sultana,
en la opresión de su solar nativo,
junto al agua tembló, porque un cautivo
la miró ardientemente una mañana,

clamaste ¡libertad!; diste bravía
tu ciudad á la ruina y los escombros,
y sentiste, al herir, que te corría
sangre de tus verdugos por los hombros.

III

¡Oh rediviva, oh legendaria, oh triste!
¡Vieja nación de la siniestra estrella,
si por una quimera combatiste,
no quiera Dios que te arrepientas de ella!

La vieja Europa, vieja Celestina,
á recibirte en ella se prepara;
no es que te llama, es que ya cuenta avara
la renta que darás de concubina.

Recién nacida á nuestro mundo viejo,
en cenizas estamos y tú en llamas;
¡oh, ven á nuestros brazos, si nos amas,
á ser renovación, no á ser reflejo!

IV

Que en tanta laxitud yace la Europa,
que está sedienta de las fuerzas vivas;
vosotros, que aun podéis, llenad su copa
con zumo de las madres primitivas.

Corra, por el magnífico artificio
de nuestras pobres carnes maceradas,
pueblos que estáis sin ley, el beneficio
de las santas barbaries retardadas.

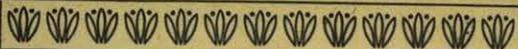
Traed á nuestra ciencia profecías
y á nuestra ley milagros; y al imperio
de esta razón, madrastra de energías,
la lívida sospecha del misterio.

V

ENVÍO

— ¡Oh, no en nosotros os troquéis!... ¡Malditos
si acrecentáis nuestra funesta tropa!
¡Salónica!... Si tienes tus garitos,
¿qué nueva corrupción pides á Europa?

¡No! Más allá... ¡Que azote al continente,
salvando vallas, una vasta ligal
¡Retardados vencidos, triste gente
que aun no le disteis pacto: hacedle frente
á la Europa enemiga!



Las monedas del hampa (*)

¡Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más de un millón!...

CERVANTES.

I

Chambergó rufo y barro en el tobillo,
medias hechas tamiz y calzas anchas,
gorguera suelta y blandrán con manchas,
hampa de Rinconete y Cortadillo:

aunque tu origen fué pobre y sencillo,
tal saliste de madre y tal te ensanchas
que, creciendo tu sangre en avalanchas,
á todos nos pringó del colodrillo.

Si dormiste, naciendo, en el terruño,
hampa novicia, y la alguacil braveza
te enseñó del sopapo y del rasguño,

hoy, poniendo á tus plantas mi cabeza,
yo te diré de Majestad y Alteza:
que, como el Rey de España, tienes cuño.

(*) Se refiere á la ley recogiendo los duros sevillanos dictada por el Sr. Sánchez Bustillo. Por esta ley concedióse beligerancia á la moneda ilegal. Respétase en el comentario la intención del Sr. Sánchez Bustillo, cuya memoria no pretendemos ofender con este juego poético.

II

Vuesa merced de las filadas barbas,
brava ley nos ha dado, por mi vida;
que tiene tanto de moral, que olvida
que hasta el sol saca el oro de las parvas.

Tú que aras, tú que muelas, tú que escarbas,
gente del campo, inculta y bien nacida,
mira esta ley que de acabar se cuida
con el miedo al granizo y á las larvas.

Y mientras tiene el hurto otra gramática,
y Villena el marqués levanta el dedo
hoy, que hacer oro es ciencia con dogmática,

el hampa tenga contubernio en ruedo
y celebre, señor, vuestra Premática
al modo españolésco de Quevedo.

III

Bien sé, señor ministro, que dió plazo
y que esta Ley es sólo lanza en ristre;
bien hallo en un ministro que administre,
mientras esté de estaca, el estacazo;

no va con su intención el linternazo;
pero es de fe, que apenas se registre
buena intención, que no le suministre
buen caldo á Satanás para su cazo.

... Y mientras usarced con entereza
la emplaza, el hampa, con su ley oronda,
dirá, al salir de la aventura, monda:

«¡Por Jesucristo vivo, cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!...»

con lo demás del bravo y de la espada,
como la copla reza,
que — ya sabe usarced — no paró en nada.





De la guerra de moros (*)



I

Corre pólvora el moro ... Como en aquellos días,
recorren nuestro idioma severo algarabias
policromas; deforman la ley de nuestra raza
estos moros que corren la pólvora en la plaza.

El Romancero siente que unos vagos hechizos
se le entran por sus últimos romances froterizos,
y la España trivial de las baladas de oro
sale indolente á ver correr pólvora al moro.

La mentira incivil de la Europa enemiga
retoña, y nuestra propia dejación la mitiga;
vuelve á campar triunfante la funesta leyenda
de la cruz y el alfanje partiéndose una tienda.

(*) Los acontecimientos han venido luego á dar cierta actualidad á esta poesía. Hoy, sin embargo, necesitaría largas páginas para evitar que su sentido se prestara á interpretaciones falsas y que no están en el ánimo del autor.

II

¡No! Castilla severa, dominadora, recia;
pueblo inflexible, pueblo que triunfa y que desprecia:
tú, que sentiste, en la preñez de tu coraza,
el prematuro impulso de un corazón de raza;

tú, Castilla central, de los secos ardores,
de la energía enjuta, de la tierra sin flores,
del ideal, sentido como un dolor, del pasmo
místico, que deriva raudales de entusiasmo;

no desmientas la ley de tu estirpe; revive
tu odio, el que te hizo grande; deja que en él se avive
la llama singular de tu destino; grita
tus atávicas iras á la raza maldita.

Ya no más, en bellacos trenos sentimentales,
te aduerma la indolencia de tus meridionales,
España incognoscible; ¡raya, Castilla arisca,
de nuestra piel las huellas de la lepra moriscal

III

Ni la fuerza del brazo, ni el poder de tu espada
fueron, jamás, medida de tu alma desolada,
Castilla; tú no entiendes de bajos intereses,
ni la ley de tus pechos se encierra en los arneses.

Si la realidad, que no miraste nunca,
 hoy la marcha gloriosa de tu estandarte trunca;
 si la voz razonable, con su peso de lodo,
 no te deja avanzar, quimérica, á tu modo,

¡que la hiel de tus labios, que tu alarido enhiesto
 contradigan la baja prudencia de tu gesto,
 y, en la forzada paz de tu misión serena,
 mantén quietas las garras; pero no la melena!

Pase y repase, en torno de tu enigma agresivo,
 la prudencia de Europa, cuyo dejo lascivo
 te prostituye; tú vuélvele la cabeza
 por no verla, no por esconder tu fiereza . . .

IV

Pero, si la morisca guitarra, que en el muro
 de tu solar, pendiente de aquel garfio inseguro
 dejó la raza odiada, tiene un eco sonoro
 hoy, que por Bibarambla corre pólvora el moro;

si tu áspera corteza castellana se raja,
 porque vuelve á llorar, cautiva, Lindaraja;
 si unos sentimentales y livianos hechizos
 truncan el son de tus romances fronterizos:

Castilla austera, fuerte, agresiva y honesta,
 no dejes retoñar la leyenda funesta,
 ¡tira con ambas manos del garfio mal seguro,
 aunque te entierre en ruinas, derrumbándose, el muro!

ENVÍO

¡Antes ser que vivir! . . . Lira mía, tu acento
 del áspero camino no se aparte un momento:
 deja á la sabia Europa que sabias sendas trace
 y habla una lengua virgen á una España que nace.





Elegía

(En la muerte de D. Nicolás Salmerón)

I

Otro nombre en el mármol: otro muerto
en la tierra impasible... ¡Pobre España!
¡Qué túmulo de glorias, tu montaña!
Y tu ciudad naciente, ¡qué desierto!

Páramo frío, el porvenir incierto,
no una aurora, un ocaso te lo baña;
viuda, sin fuerzas y sin fe en la entraña,
tu pie vacila ante el sepulcro abierto.

¡España del dolor, Patria-fantasma!
La larga copia de tu mal te pasma
en una inexpresión de delirante,

y, al verte muda y con los ojos fijos,
te dejan sola en tu dolor tus hijos
y hablan del porvenir senda adelante.

II

¡No!... ¡Desertores del dolor, la senda
del porvenir se cierra á ingratitudes!
En el dolor se forjan las virtudes
y-el ánimo se temple en la contienda.

¡La dispersión sacrílega no os venda
por cobardes!... Dispersas juventudes,
no abandonéis los sacros ataúdes,
que os puede ser bautismo vuestra ofrenda;

que vuestro nombre, en un sepulcro austero,
temple puede adquirir como el acero
en la serena frialdad del agua;

y ese futuro de los astros rojos,
aunque os lo veis delante de los ojos,
en los sepulcros trágicos se fragua.

III

A grandes pasos y á su modo altivo,
el Sembrador del poderoso arresto
en la desolación del campo, enhiesto,
la vida entera puso en su cultivo.

Si os mantuvo lejanos cuando vivo
la airada violencia de su gesto;
si no atendió al halago ni al denuesto
de tan metido en su labor, esquivo,

hoy, alcanzando á este final de todo,
conserva la virtud y pierde el modo,
hijos de España y de las dos Castillas;

la muerte le hace santamente humano,
y aun tiene, para todos, en la mano,
el último puñado de semillas.

IV

Semillas de un lejano Floreal
que ya os mojó el sudor de su agonía;
semillas, siembra de la patria mía,
herencia de su mano paternal;

semillas, levadura espiritual
que eternizáis, ya muerto, su energía;
semillas, resonante profecía
cantando en el silencio sepulcral:

vuestra labor sagrada no concluya;
separaos las unas de las otras,
y entrad por las haciendas divididas;

fuisteis él, fuisteis de él en vida suya;
pero él quiso morir, porque vosotras
pudiérais fecundar todas las vidas.



Por la vida (*)



I

En tu abundancia, insólitos rumores
te turbaron el sueño,
pusilánime Europa, y tus señores
arrugaron el ceño.

Una voz nueva se afirmó en tu ruina
coronada de llamas,
y en su abandono la vetusta encina
desplegó nuevas ramas.

En la quietud del centenario cedro
la vida ha florecido;
y puso en él, á generoso medro,
un águila su nido.

¡Oh gigantesca Europa de oro y hierro!
¡Oh germana y sajona!
La raza, que has tenido en el encierro,
le ha quitado un castillo á tu corona.

(*) Comenta el hecho que dió principio, hace algún tiempo,
al llamado conflicto balcánico.

II

¡Oh, no es el día!... No ha llegado el día;
pero estas son señales:
no temen á la loba en la alquería
los tiernos recentales.

Los miembros á la vida recién hechos
ensayan las corazas;
hierve de nuevo, en los maternos pechos,
la sangre de las razas.

Quiébrase en los rescriptos del Imperio
el sello deslumbrante,
y truena, en un final de cautiverio,
la voz, de sangre y rosas, de un infante.

La cabeza autumnal, con el despojo
de todas sus vendimias,
la Europa inclina en el incendio rojo
del oro y de las púrpuras eximias.

Y un supremo desdén se une en sus labios
á una oculta amenaza;
y, generosa, olvida los agravios;
pero empuña su maza.

Porque habló de razón y de derecho
hipócrita, en su fuerza;
pero si el río abandonó su lecho
no hay brazo que lo tuerza.

Y ella está en su egoísmo defendida,
y en la sequía y el invierno es fiera;
mas teme que la encierre en su guarida
con sus retoños esta primavera.

III

Yo no os puedo cantar, pueblos lejanos,
que no os conozco, y sonaría frío
mi débil canto; pero os siento hermanos,
en el dolor y en la estrechez, del mío.

Y de este fasto vuestro, en que el destino
comprometéis de Europa,
tan sólo quiero recoger el vino
necesario á mi copa.

Tornaré á mi nación las renacidas
ansias en vuestro ejemplo,
y agitaré de nuevo las hendidas
campanas de su templo.

Y le diré: «Ni sangre ni batalla
movióse en este día;
la voluntad del pueblo fué muralla
y espada su energía.

Vió la Europa cambiar sus derroteros
y alterarse su senda;
y temblaron los lobos carniceros
al paso de huracán de la leyenda.»

IV

Recoge, España, de este duro trance
 en que, forzada, ha de apurar su copa,
 por tentación magnífica á tu avance,
 la impotencia de Europa.

¡Ah, si un deseo, un hálito, una idea
 se moviera en tu entraña,
 á despecho del águila europea,
 desamparada España!...

Alzaría mis manos y diría:
 — Despliega tu bandera;
 que en las propias argollas que bruñía,
 la Europa es prisionera.

Y enmoheció en la paz... Y con la hartura
 se le apagó el aliento;
 y levantó sus glorias á la altura
 y la aplastó su propio monumento.

Miradla, que su frente ensombrecida
 le nublan los cuidados;
 que ha perdido las leyes de la vida
 en la letra sin fe de sus Tratados.

¡Ah, una mano en el aire y una fuerte
 cosecha de almas y de alientos nuevos!...
 Veríais, por las selvas de la muerte,
 qué bárbara lujuria de renuevos...

—Porque, en verdad, aun no ha llegado el día;
 pero estas son señales:
 no temáis á la loba en la alquería,
 los tiernos recentales.





La Patria



Limpia te ansío y sin raigambre muerto;
no vinculada en apariencia de ídolos;
vivificante más que viva, y libre,
Patria, de trabas.

No organizada en defensivo gesto,
toda recelos y anatemas toda;
— desdeña el plomo, atravesando eximias
nubes, el águila.

Patria, que estás sobre corona y gladio,
la zarpa encoge, al desplegar las alas;
toda estás hecha para el vuelo... ¡ Vuela,
Patria aquilinal!

Nadie se atreva á tu virtud, ni nadie,
blasfemo, quiera vincularla entera:
no te sepulto en un altar, te esgrimo
como una espada.

No, en el arrimo de las torres viejas,
ídolo estéril, tu estandarte enclavo;
digo «asid de él y sin temor, patricios,
dadlo á los aires.

Servicio hacedle en plenitud, no rito;
en toda activa operación, movedlo;
del paño suyo, recortad gloriosas
velas de naves.»

Límite, Patria, no me pongas; senda
abre á mis ojos, como tú, infinita;
y, adonde vaya, mi camino alumbra,
lámpara eterna.

La actualidad, en su apariencia torpe,
usurpa, en vano, tu total imagen,
porque tú mueves del pasado, Patria,
y eres futura.

Quiero, en tu nombre, levantarme al paso
de los que imperan en tu propio nombre,
y de la lid de las opuestas fuerzas
saldrás más grande.

No temas, Patria, más que Ley y Estado
y más que tierra y más que cosa humana:
tu historia es sólo la epopeya de oro
de tus rebeldes.

Patria que el Cid instituyó en derecho
de rebeldías genitor y escudo:
hila tu Ley en el purpúreo copo
de nuestras ansias.

No, con las cuerdas de las muertas leyes,
la espalda azotes de tus propios hijos;
Patria, en perpetuo advenimiento, sigue
siempre tu marcha.